

Francis.

Hola, me comentaron que finalmente hoy has partido sereno, a la eternidad... y no dejo de sentirme triste, porque ya no te voy a encontrar; esta noche que vaya al hospicio me pararé frente a la cama que ocupabas; y voy a invocar al Arcángel Michel, para que te guíe y continúes tu evolución a planos elevados de existencia. Ya te lo he dicho, ahora estás allá en esas alturas... la muerte no existe, ¡tu espíritu es eterno!

Fueron noches de guardia interminables. Francis, internado por una enfermedad fuera de tratamiento curativo, llamaba permanentemente con la campana que dejamos en la mesita al alcance de los pacientes, para asistirlos en sus necesidades; ¡no daba tregua!, su cuerpo grandote cada vez estaba más rígido, costaba un esfuerzo movilizarlo y dependía cada vez más de lo que los que lo ayudábamos. Hubo momentos de demanda excesiva que generaron un estrés en la enfermería, en los voluntarios y en los pacientes vecinos de su habitación. Llegó a golpear la campana contra las barandas de su cama de tal forma, que la despegó y ya no sonó más. Entonces recurrió a los gritos, a los maltratados para con los que acudíamos, esperándonos en comprender su impaciencia para poder hacer algo con su dolor físico y emocional. Finalmente entró en “delirium”, presentaba excitación psicomotriz, confusión y comenzó a llamar a su madre.

Algo que las enfermeras de Cuidados Paliativos percibimos como una señal cuando se acerca el final de la vida. “Mamá, no puedo caminar, ven, ayúdame!”. Yo acudía en mis noches de turno, le pasaba la mano por la cabeza, y le tomaba la mano, entonces me decía “Ah mamá, por fin, ¿por qué no venías, no ves que no doy más, que me estoy muriendo? Tengo miedo de irme, no sé qué me va a pasar...”



Mi sentimiento maternal de enfermera a floraba en ese momento... allí los dos, en esa soledad de la madrugada, él llorando desconsoladamente aferrado a mi mano como un niño, me conmovía y por ratos sentía un tipo de “enojito compasivo”, porque hacía pocos minutos que lo había venido a lateralizar para aliviar su dolor, le había dado agua con la jeringa, porque ya no se broncoaspiraba, lo había contenido y esto se repetía una y otra vez... hubo muchas noches así, en que siempre estuvimos conteniéndolo en su sufrimiento físico y existencial; después de evaluarlo y por indicación médica se le agregó un plan de hidratación y medicación sedativa para el manejo en estos casos. Y poco a poco se fue apagando como un volcán que ya no rugió. Ahora sonrió... te imagino volando libre, en esos planos de Luz y Perfección.

Hasta pronto Francis...

Esperanza Montealegre P.
Licenciada en Enfermería- Cuidados Paliativos
“Casa de la Bondad”
Buenos Aires, Argentina
Derechos Reservados